

y me dijo: Si sois Pontmercy no podeis ser Laigle. Dicho esto me borró.

—Lo siento infinito, contestó Mario.

—Ante todo, replicó Laigle, quiero embalsamar á Blondeau con algunos elogios. Le supongo ya muerto, para lo que no necesitaria cambiar gran cosa su delgadez, su palidez, su rigidez y su fetidez. *Erudimini qui judicatis terram.* Aquí yace Blondeau, el Blondeau-Nariz, el Blondeau-Nasica, el buey de la disciplina, el mastin de la consigna, el ángel de la lista, que fué recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado y repugnante. Dios le borró como él me borró á mí.

—Repito que siento en el alma... in-sistió diciendo Mario.

—Jóven, repuso Laigle interrumpiéndole, sirvaos esto de leccion para ser más puntual de hoy en adelante.

—Os pido mil perdones.

—No os espongaís... á que... borren á vuestro prógimo.

—Verdaderamente eso ha sido muy sensible para mí.

Laigle soltó una carcajada.

—Pues á mí me dá alegría, contestó; estaba ya próximo á ser abogado y esta raya me salva. Renuncio á los triunfos del foro. Ya no defenderé á la viuda ni atacaré al huérfano. Nada de toga, nada de estrados. Obtuve que me borren y á vos os lo debo. Pienso haceros una visita de agradecimiento. Dónde vivís?

—En este cabriolé, contestó Mario.

—Señal de opulencia, respondió tranquilamente Laigle. Os felicito, porque podeis alquilar una habitacion que cuesta nueve mil francos cada año.

En este momento Courfeyrac salió del café.

Mario se sonrió con tristeza al oír la contestacion de Laigle, y añadió:

—Vivo en esta casa hace dos horas y deseo salir de ella, pero no sé á dónde ir.

—Caballero, le contestó Courfeyrac, venid á mi casa.

—Tengo la prioridad, pero te la cedo, porque yo no tengo casa, replicó Laigle.

—Cállate, Bossuet.

—Bossuet! exclamó Mario; creia que os llamábais Laigle.

—De Meaux, respondió Laigle, y por metáfora Bossuet.

Courfeyrac subió al cabriolé.

—Cochero, dijo, á la fonda de la Puerta de Santiago.

Aquella misma tarde Mario se instaló en un cuarto de la susodicha fonda, contiguo al de Courfeyrac.

## III.

Asombros de Mario.

Los pocos dias fueron amigos Mario y Courfeyrac, porque la juventud es la estacion de las soldaduras prontas y de las cicatrizaciones rápidas. Mario al lado de Courfeyrac respiraba libremente, cosa bastante nueva para él: Courfeyrac no le hizo ninguna pregunta, ni pensó en ello siquiera. A cierta edad la fisonomía lo dice todo y preguntar es inútil. Hay jóvenes que puede decirse tienen el rostro parlante. El que los contempla los conoce.

Una mañana, esto no obstante, Courfeyrac le interrogó bruscamente de este modo:

—Decidme, teneis opinion política?

—Ya lo creo, contestó Mario, casi ofendido de la pregunta.

—Qué sois?

—Demócrata bonapartista.

—Nariz gris de raton confiado, le replicó Courfeyrac.

Al dia siguiente éste llevó á Mario al café Musain y le dijo al oído, sonriendo:

—Es preciso que os dé entrada en la revolucion.

Le condujo á la sala de los amigos del A. B. C. y lo presentó á sus compañeros, diciéndoles nada más estas palabras, que Mario no comprendió: —Es un discípulo.

Mario habia caido en un aviso pero de talentos, pero, aunque silencioso y grave, no era el menos alado ni el menos desprovisto de armas.

Mario, hasta entonces solitario y aficionado al monólogo y al aparte por gusto y por costumbre, se quedó al pronto como asustado ante aquella bandada de pájaros. Sus variadas iniciativas le solicitaban y le atraian en diversos sentidos á la vez. El vaiven tumultuoso de sus espíritus libres y laboriosos conmovia sus ideas en revuelto torbellino. A veces, en medio de su turbacion, se le iban tan lejos que le costaba esfuerzo recogerlas. Oía hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religion de un modo inaudito. Vislumbraba aspectos extraños, y como no los ponía en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Cuando abandonó las ideas de su abuelo por las de su padre, creia haber adquirido ideas fijas, y ahora sospechaba, con inquietud y sin atreverse á

## IV.

La sala interior del café Musain.

afirmarlo, que no las tenia. El prisma por el que lo veía todo comenzaba á moverse otra vez; cierta oscilacion agitaba todos los horizontes de su cerebro, produciendo en él extraña y casi dolorosa confusion.

Parecia que no habia "cosas sagradas," para aquellos jóvenes. Mario, sobre todo, oía un idioma nuevo y singular que dañaba á su alma, tímida aun.

Veian un cartel de teatro, en el que campeaba un título de tragedia del antiguo repertorio clásico, y gritaba Bahorel:—¡Abajo la tragedia, que tanto gusta á la clase media!

Mario oía que Combeferre le contestaba:

—Te equivocas, Bahorel; los tenderos prefieren la tragedia, y debemos en ese punto dejar tranquila á esa gente. La tragedia con peluca tiene su razon de ser; no soy de los que en nombre de Esquilo le disputan el derecho á existir. En la naturaleza hay bosquejos, en la creacion hay parodias realizadas. Existen picos que no son picos, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, gritos dolorosos que hacen reír: así es el pato. Pues bien, puesto que al lado del ave existe la volateria, no veo una razon para que la tragedia clásica no exista frente á frente de la tragedia antigua.

Por casualidad Mario pasaba por la calle de Juan Jacobo Rousseau, yendo entre Enjolras y Courfeyrac; éste, cogiéndole del brazo, le decia:

—Prestadme atencion. Esta fué la calle de la Yesería, que hoy se llama de Juan Jacobo Rousseau, por haber vivido en ella un matrimonio singular hace sesenta años. El matrimonio lo constituian Juan Jacobo y Teresa. De vez en cuando nacian algunos pequeñuelos. Teresa los echaba al mundo y Juan Jacobo á la inclusa.

Enjolras reprendia á Courfeyrac, diciéndole:

—Silencio ante Juan Jacobo! admiro á ese hombre; renegaba de sus hijos, es verdad, pero prohibió al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes decia jamás el emperador. Unicamente Juan Prouvaire decia algunas veces Napoleón; todos los demás decian Bonaparte. Enjolras pronunciaba *Buonaparte*.

Mario se asombraba vagamente. *Initium sapientiae.*

Una de las pláticas á que diariamente se entregaban estos jóvenes, á las que asistia Mario, tomando parte en ellas alguna vez, le ocasionó una verdadera sacudida en su espíritu.

Estas sesiones se verificaban en la sala interior del café Musain.

Una de las noches casi todos los amigos del A. B. C. estaban allí reunidos. Habian encendido solemnemente el quinqué. Se hablaba de todo sin pasion y moviendo algazara.

Exceptuando á Enjolras y á Mario, que callaban, los otros peroraban casi al aire. Las conversaciones entre camaradas son muchas veces tumultos apacibles. Parecia aquello un juego de frases más que una conversacion. Echábanse unos á otros las palabras, que cada uno recogia á su vez. Se hablaba en los cuatro ángulos de la sala. En ella no se admitia á otra mujer que á Luisita, la que fregaba la vajilla del café, que pasaba por allí de tiempo en tiempo para ir desde el fregadero al "laboratorio."

Grantaire, completamente ébrio, ensordecia un rincon, del que se apoderó, razonando y desazonando á gritos del modo siguiente:

—Tengo sed. Mortales, estoy soñando; sueño que el tonel de Heidelberg tiene un ataque de apoplejía y que yo soy una de las sanguijuelas de la docena que le han de aplicar. Quisiera beber, porque deseo olvidarme de la vida. La vida es una invencion repugnante inventada por no sé quién; es corta y no vale nada. Nos destrozamos viviendo. La vida es una decoracion que tiene muy poco practicable. La felicidad es un bastidor viejo pintado solo por un lado. El *Eclesiastes* dice: "Todo es vanidad!"; yo opino como ese buen hombre, que acaso nunca ha existido. El cero, no queriendo ir desnudo, se vistió de vanidad. La vanidad lo reviste todo con remiendos de grandes palabras. Para ella la cocina es laboratorio, el bailarín profesor, el saltimbanqui gimnasta, el boticario químico, el peluquero artista, el albañil arquitecto y el *jockey sportsman*. La vanidad tiene derecho y revés; el derecho es tonto, es el negro con sus cuentas de cristal; el revés es necio, es el filósofo con sus andrajos. Llora por uno y me río por el otro. Lo que llaman honores y digni-

dades solo son oropelos. Los reyes juegan con el orgullo humano. Calígula hace cónsul á su caballo; Cárlos II nombraba caballero á un solomillo de vaca; pavoneaos, pues, entre el cónsul Incitatus y el baron Roastbeef. No es más respetable el valor intrínseco de las personas. Escuchad el panegírico que el vecino hace de su vecino. Lo blanco sobre lo blanco es feroz; si hablase la azucena, cómo pondría á la paloma! La mojugata que habla de la devota es más venenosa que el áspid y que el búngaro azul. Si no fuese tan ignorante os haría muchas citas, pero nada sé. Yo, que siempre tuve fama de ser hombre de chispa, cuando era un rapaz aprendiz en el estudio del pintor Gros, en vez de embadurnar cuadritos pasaba el tiempo en escamotear manzanas; dije rapaz porque rapaz es el masculino de rapaña. Esto en cuanto á mí; en cuanto á vosotros, os digo que valeis otro tanto. Me rio de vuestras perfecciones, excelencias y cualidades. Toda buena cualidad se pierde en un defecto: la economía linda con la avaricia; la generosidad con la prodigalidad; la bravura con la fanfaronería; el que es piadosísimo es algo fanático; tiene tantos vicios la virtud como agujeros el manto de Diógenes. ¿A quién admirais, al muerto ó al matador? ¿A César ó á Bruto? Generalmente al matador. Viva Bruto! porque mató. Esto es la virtud. Es virtud, pero también locura. Los grandes hombres tienen manchas curiosísimas. El Bruto que mató á César estaba enamorado de la estatua de un niño. Esta estatua era del estatuario griego Estrongylion, el que esculpió también la figura de amazona Eucnemos, que Neron llevaba consigo cuando viajaba. Dicho artista solo dejó dos estatuas, que pusieron de acuerdo á Bruto y á Neron; aquel se enamoró de una y éste de otra. La historia solo es una continua repeticion. Un siglo plagia á otro. La batalla de Marengo es copia de la batalla de Pydna; el Tolbiae de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleon se parecen como dos gotas de sangre. Hago poco caso de la victoria. Nada hay tan estúpido como vencer; la verdadera gloria consiste en convencer. Tratad de probarme algo. Nada de eso; os contentais con el éxito de las conquistas y nada más. Vanidad y vileza en todas partes. Todo obedece al éxito, hasta la gramática. *Si volet usus*, dice Horacio. Desprecio, pues, al género humano. Descenderé ahora del todo á la parte. ¿Qué

pueblo quereis que admire? La Grecia? Los atenienses, es decir, los parisienses de entonces, mataban á Focion, es decir, á Coligny, y adulaban á los tiranos, hasta el punto de que Anaceforo decia de Pisistrato: "Sus orines atraen á las abejas.". El hombre más notable de Grecia durante cincuenta años fué el gramático Filetas, que era tan diminuto y tan delgado, que se ponía plomo en los zapatos para que no se lo llevase el viento. En la gran plaza de Corinto elevaron una estatua que esculpió Silanion, y que está citada en el catálogo de Plinio; esta estatua representaba á Epritato. ¿Qué habia hecho Epritato? Inventó la zancadilla. Esto reasume la Grecia y la gloria. Pasemos á otros pueblos. ¿Admiraré á la Inglaterra? admiraré á Francia? A Francia! por qué? ¿Porque tiene un Paris? Acabo de deciros mi opinion sobre Atenas. A Inglaterra? y por qué? Porque tiene un Londres? Odio á Cartago. Además, Londres es la metrópoli del lujo y la capital de la miseria. Solo en la parroquia de Chasing-Cross mueren cada año cien personas de hambre. Eso es la Albion, y por remate os diré que he visto bailar á una inglesa con corona de rosas y anteojos azules. Así, pues, silbo á Inglaterra. No admirando á Jhon Bull, menos admiraré á su hermano Jonnathan. Me gusta muy poco este hermano, porque tiene esclavos. Suprimid el *time is money*, y ¿qué queda de Inglaterra? Suprimid el *cotton is king*, y ¿qué queda de América? Alemania es la linfa é Italia es la bilis. ¿Nos extasiaríamos ante Rusia? Voltaire la admiraba, pero Voltaire admiraba también á la China. Convengo en que Rusia tiene bellezas, entre otras el gran despotismo; pero compadezco á los déspotas. No puede darse un pito por su salud. Hubo allí un Alejo decapitado, un Pedro cosido á puñaladas, un Pablo extrangulado, otro Pablo hundido á taconazos, varios Ivanos degollados, varios Nicolases y Basiliros envenenados, lo que indica que el palacio de los emperadores de Rusia no tiene condiciones de salubridad. Los pueblos civilizados ofrecen á la meditacion del hombre pensador un hecho: la guerra. Pues bien, la guerra civilizada emplea y reune en conjunto todas las formas del bandolerismo, desde el asalto del ladron de trabuco en las gargantas del monte Jaxa hasta el merodeo de los indios comanches en el Paso Dudoso. Me direis: Europa vale más que Asia. Convengo en que el Asia es una far-

sa; pero no sé por qué os reís del gran Lama, vosotros, pueblos del Occidente, que mezclais con las modas y las elegancias las inmundicias de la majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta la silla del retrete del delfin. No teneis, pues, por qué reiros. Bruselas es el pueblo que consume más cerveza, Stockolmo más aguardiente, Madrid más chocolate, Amsterdam más ginebra, Lóndres más vino, Constantinopla más café, Paris más ajeno. A esto se reducen todas las nociones útiles; Paris se lleva la palma. En Paris hasta los traperos son sibaritas: Diógenes hubiera preferido ser traperero en la plaza Maubert que filósofo en el Pireo. Sabed que las tabernas de los traperos se llaman *bibines*, y las más célebres son la *Cacerola* y el *Matadero*. Pero llámese como se llame la taberna, yo la presento por testigo en absoluto de que yo soy un voluptuoso; cómo en casa de Richard un cubierto de dos francos y quiero pisar alfombras de Persia de tal espesor que pueda rodar por ellas Cleopatra desnuda. ¿Dónde está Cleopatra? Ah! Eres tú? Luisita, buenos dias.

Al llegar aquí Grantaire, borracho como una cuba, se deshacia en palabras, abrazando á la fregatriz de la vajilla del café en el rincon que ocupaba en la sala interior del café Musain.

Bossuet, cogiéndole por el brazo, trataba de imponerle silencio, pero Grantaire continuó hablando con más entusiasmo aun:

—Aguila de Meaux, abajo las patas! No causa ningun efecto tu gesto de Hipócrates rechazando las baratijas de Artajerjes. Te dispenso de que me calmes. Además, estoy triste. ¿Qué quereis que os diga? El hombre es malo, deforme; la mariposa salió bien creada, pero el hombre fracasó. Dios no acertó á hacer este animal. Una multitud se compone de una coleccion de fealdades. Cualquiera es miserable. *Femme* rima con *infame* (1). Se apodera de mí el esplin amalgamado con la melancolía, con la nostalgia y con la hipocondría. Desesperado, rabio, bostezo, me fastidio, me aburro y me embrutezco.

—Silencio, R mayúscula! exclamó Bossuet, que estaba discutiendo con otros un punto de derecho y estaban con medio cuerpo metido en el fango de la jerigonza forense, y decia:

(1) En francés, pero no en castellano; esto es intraducible. El autor quiere decir que mujer es sinónimo de infame. Esto lo pone en boca de un borracho.—(N. del T.)

—Aunque apenas soy legista, sostengo que, segun la costumbre de Normandia, el dia de San Miguel y cada año debia pagarse un equivalente al señor, salvo derecho mejor de tercero, por todos y cada uno, tanto propietarios como herederos, por todas las enfiteusis, arrendamientos, alodios, contratos señoriales y señoriles, hipotecarios é hipotecables...

—Ecos, ninfas lastimeras, gritaba Grantaire.

Cerca de éste, sobre una mesa casi silenciosa, habia pliegos de papel, tintero y plumas, entre dos copas, que anunciaban que allí se bosquejaba un *vaudeville*. Este asunto se trabajaba en voz baja y tocándose las dos cabezas que se ocupaban de él.

—Principiemos por buscar nombres á propósito. Cuando se encuentran, ocurre en seguida el argumento.

—Es cierto. Dicta; yo escribiré.

—Señor Dorimon?

—Rentista?

—Sin duda.

—Su hija, Celestina.

—Tina... qué más?

—El coronel Sainval?

—Sainval está ya muy zurrado; yo le pondria Valsain.

Al lado de los aspirantes á vaudevillistas habia otro grupo que se aprovechaba del ruido para hablar en voz baja: discutian un desafío. Un viejo de treinta años aconsejaba á un jóven de diez y ocho y le explicaba con qué adversario tenia que batirse.

—Diablo! no te fies de él. Es un florete magnífico: tira muy limpio. Conoce el ataque y no pierde golpe. Tiene puño, impetuosidad, quite justo y respuestas matemáticas. Y es zurdo.

En el rincon opuesto á Grantaire estaban Joly y Bahorel jugando al dominó y hablando de amor.

—Eres feliz, decia Joly. Conseguiste conquistar una querida que siempre se está riendo.

—Pues eso es un defecto, le respondió Bahorel; las queridas hacen mal obrando así, pues su continua risa nos incita á engañarlas. El verlas alegres nos quita el remordimiento; pero si las vemos tristes, tenemos cargo de conciencia de engañarlas.

—Ingrato! es muy bueno tener una mujer que se ria. Y no reñis nunca?

—Eso depende del convenio que celebramos. Al firmar nuestra santa alianza designamos á cada uno nuestra frontera, de la que no pasamos nunca. La que

está al Norte pertenece al canton de Vaud, la del Sur á Gex. De aquí proviene el vivir en paz.

—La paz es la felicidad haciendo la digestion.

—¿Y la desavenencia con tu *señorita*, Joly? Ya sabes á quién aludo.

—Sigue desdefiándome con paciencia cruel.

—Sin embargo, eres un enamorado tierno...

—Ah!...

—Yo en tu lugar desistiría.

—Eso es muy fácil de decir.

—Y de hacer. Se llama Musicheta?

—Sí. Ah, Bahorel! es una mujer soberbia, literaria, con piés y manos diminutos, compuesta, blanca, torneada, con ojos de hechicera. Me tiene loco.

—Pues entonces es preciso que la agrades, que seas elegante y que hagas efectos de rodilla. Compra en casa de Haub un buen pantalon de cuero de lana, que es tela que presta...

—A cómo? preguntó gritando Grantaire.

En otro rincon estaban empeñados en una discusion poética. La mitología pagana disputaba con la mitología cristiana. Se trataba del Olimpo y lo defendía Juan Prouvaire hasta por romanticismo. Juan Prouvaire solo era tímido en los momentos de reposo; pero cuando se excitaba estallaba con entusiasmo alegre y era risueño y lírico á la vez.

—No insultemos á los dioses, decia... Los dioses no se han ido quizás. Júpiter no me parece muerto. ¿Decís que los dioses son sueños? Pues bien, hasta en la naturaleza, tal como es hoy, despues de la desaparicion de los sueños, se encuentran todos los antiguos mitos paganos. La montaña, cuyo contorno se parece á una ciudadela, como por ejemplo, la Vignemale, es aun para mí el tocado de Cibele; nadie me ha demostrado que Pan no venga por las noches á soplar en el tronco hueco de los sauces, tapando con los dedos sucesivamente los agujeros, y siempre he creído que por algo está en la cascada de Pissevache.

En el último rincon hablaban de política, tratando sin piedad á la Carta otorgada. Combeferre la defendía débilmente, y Courfeyrac la atacaba con energía. En la mesa habia un ejemplar de la famosa Carta, edicion Touquet. Courfeyrac la tenia en la mano y la sacudia, mezclando á sus argumentos la vibracion del papel y perorando de este modo:

—En primer lugar no quiero reyes; aunque no sea más que bajo el punto de vista económico, no los quiero: el rey es un parásito y no se tienen reyes gratis. Oid lo que cuestan los reyes: Cuando murió Francisco I, la deuda pública de Francia ascendía á dos mil seiscientos millones, de veintiocho libras el marco, lo que equivaldría en 1760, segun Desmarests, á cuatro mil quinientos millones, y ascendería hoy á doce mil millones. En segundo lugar, y con perdon de Combeferre, otorgar una Carta es un pobre expediente de civilizacion. Son razones detestables las que se alegan de salvar la transicion, de dulcificar el tránsito, de amortiguar la sacudida, de hacer que la nacion pase insensiblemente de la monarquía á la República por la práctica de las ficciones constitucionales. No alumbremos al pueblo con falsa luz. Los principios se debilitan y palidecen en nuestra bodega constitucional. Fuera bastardías, fuera compromisos, fuera concesiones del rey al pueblo. En medio de esas concesiones se levanta el artículo 14; al lado de la mano que otorga está la garra que quita. Rechazo vuestra Carta. Esta Carta es una careta que tapa la mentira; el pueblo que la acepta abdica. El derecho debe ser completo, sino no es derecho. Fuera la Carta.

Como era invierno, la leña chispeaba en la chimenea; Courfeyrac no pudo resistir á la tentacion. Estrujó en las manos la Carta y la arrojó al fuego. El papel levantó llama, y Combeferre contempló filosóficamente cómo se quemaba la obra maestra de Luis XVIII, concretándose á decir:

—La Carta convertida en llama!

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, lo que en francés se llama el *entrain*, lo que en inglés se llama el *humour*, la loca chispa del diálogo, creciente á cada instante y cruzándose por todos los puntos de la sala, formaban una especie de alegre bombardeo sobre las cabezas de los animados amigos del A. B. C.

## V.

Ensánchase el horizonte.

El choque de los ingénios jóvenes ofrece la particularidad admirable que no se puede prever la chispa ni adivinar el relámpago que vá á brotar en un momento dado. La carcajada parte de la ternura; la gravedad sale de un instante burlesco. Los impulsos provienen de la

primera palabra que se oye. Es soberana la vena de cada uno. Un chiste es suficiente para abrir la puerta á lo inesperado. Estas conversaciones son escenas cambiantes, en las que la perspectiva varía de repente. La casualidad es su maquinista.

Un pensamiento grave, que surgió caprichosamente de un juego de palabras, atravesó de pronto aquella escaramuza de frases, en la que se tiroteaban confusamente Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

Cómo brota una frase en el diálogo? ¿Por qué causa queda escrita con letra bastardilla en la imaginacion de los que la oyen?

Nadie lo sabe. Entre aquella tumultuosa algazara, Bossuet terminó un apóstrofe que dirigía á Combeferre con esta fecha:

—18 de Junio de 1815; Waterlloo.

Al oír la palabra Waterlloo, Mario, que estaba apoyado de codos sobre una mesa, apartó los puños de la barba y miró con fijeza al auditorio.

—¡Vive Dios, que este número es extraño y me llama la atencion! exclamó Courfeyrac. Es el número fatal de Bonaparte. Poned á Luis delante y al Brumario detrás y tendreis todo el destino del hombre, con la significativa particularidad de que el principio es pisoteado por el fin.

Enjolras, que hasta entonces habia permanecido mudo, rompió su silencio, replicando á Courfeyrac:

—Quieres decir que fué pisoteado el crimen por la expiacion.

La palabra *crimen* salía de los límites de lo que Mario podia tolerar, conmovido como estaba por la brusca evocacion de Waterlloo. Se levantó de la silla, se fué con lentitud hasta el mapa de Francia que estaba colgado en la pared; en la parte inferior del mapa se descubria una isla en un cuadrito separado, y Mario puso el dedo sobre el *cuadrito*, diciendo:

—Córcega, isla pequeña, que ha hecho muy grande á la Francia.

Estas palabras hicieron en el auditorio el efecto de un soplo de aire helado. Todos callaron, conociendo que se iba á decir algo importante. Bahorel, que estaba replicando á Bossuet y que se disponia á recostarse para tomar su actitud favorita, renunció á ella para oír mejor.

Enjolras, cuyos ojos azules no se fijaban en nadie y parecia que contem-

plaban el vacío, respondió sin mirar á Mario:

—Francia no necesita á Córcega para ser grande. Francia es grande porque es Francia. *Quia nominor leo.*

Mario no quiso retroceder. Se volvió hácia Enjolras, y dejando oír su voz con una vibracion que provenia del estremecimiento del corazon, dijo:

—No permita Dios que yo deprima á la Francia, pero no es deprimirla asociarla á Napoleon. Discutamos. Soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que no me asustais. Dónde estamos? qué somos? qué sois? qué soy yo? Hablemos del emperador. Os oigo decir Buonaparte, acentuando la ú como los realistas, y os advierto que mi abuelo hace más que vosotros, dice Buonaparté. Creia que érais jóvenes; pero, ¿en qué poneis vuestro entusiasmo? Qué haceis de él? ¿qué admirais, si no admirais al emperador? si no creéis que es grande, ¿quién es grande para vosotros? Napoleon lo reunia todo; era un sér completo. Su cerebro era el cubo de las facultades humanas. Redactaba Códigos como Justiniano, dictaba como César; su conversacion tenia la brillantez de Pascal y la precision de Tácito; hacia historia y la escribia; sus boletines son iliadas; combinaba las cifras de Newton con las metáforas de Mahoma; dejaba detrás de él en el Oriente frases grandiosas como las pirámides; en Tilsitt enseñaba majestad á los emperadores; en la Academia de Ciencias replicaba á Laplace; en el Consejo de Estado hacia frente á Merlin, daba alma á la geometría de éstos y á las argucias de aquellos; como Cromwell, de dos velas apagaba una, y se iba al Temple á regatear una borla de cortina; todo lo veia y lo sabia, lo que no era obstáculo para que se riese como un buen hombre al lado de la cuna de su hijo. De repente la Europa asustada escucha, los ejércitos se ponen en marcha, ruedan los parques de artillería, puentes de barcas cubren los rios, nubes de caballería galopan entre el huracán; se oyen gritos, trompetas y aplor de tronos; oscilan en el mapa las fronteras de los reinos; se oye el ruido de una espada sobrehumana que se desenvaina; se ve un hombre elevarse en el horizonte con una llama en la mano, con la irradiacion en los ojos, de alas, ganando á la luz del rayo sus dos alas; ganando, el gran ejército y la guardia veterana. Es el arcángel de la guerra.

Todos guardaban silencio; Enjolras inclinaba la cabeza.

Mario, casi sin tomar aliento, continuó hablando con creciente entusiasmo:

—Seamos justos. ¡Brillante destino de un pueblo es ser imperio de semejante emperador, cuando ese pueblo se llama Francia y se asocia su génio al génio del gran hombre! Aparecer y reinar, combatir y triunfar, tener por etapas las capitales, hacer reyes de sus granaderos, decretar caídas de dinastías, transfigurar la Europa á paso de carga; hacer sentir, cuando amenaza, que pone la mano en el puño de la espada de Dios; ver en un solo hombre á Aníbal, á César y á Carlo-Magno; ser el pueblo del héroe que anuncia todas las auroras la noticia de una brillante victoria; tener por despertador el cañon de los Inválidos; arrojar en abismos de luz palabras prodigiosas que resplandecen eternamente; Marengo, Arcole, Austerlitz, Jena, Wagram; hacer brillar á cada instante en el zenit de los siglos constelaciones de victorias; dar al imperio francés el imperio romano por contrapeso; ser la gran nacion y producir el gran ejército; hacer volar sus legiones por todos los pueblos, así como una montaña envía sus águilas á todas partes; vencer, dominar, fulminar; apoderarse del mundo dos veces, una por conquista y otra por deslumbramiento; ¡esto es magnífico, sublime! ¿Qué es lo que encontráis superior á esto?

—Ser libres, contestó lacónicamente Combeferre.

Mario á su vez inclinó también la cabeza. La palabra anterior, pronunciada sencillamente y con frialdad, atravesó como una lámina de acero su épica efusion y la hizo desvanecerse. Cuando levantó la vista Combeferre ya no estaba en la sala. Satisfecho probablemente de la réplica que dió á la apoteosis, se marchó, y todos, escepto Enjolras, le habian seguido. La sala estaba vacía. Enjolras, que se quedó solo con Mario, le miraba con fijeza. Mario ordenó un poco sus ideas y no se creyó derrotado. Quedaba en él un resto de entusiasmo que iba acaso á traducirse en silogismos desplegados contra Enjolras, cuando oyó cantar en la escalera á alguien que se retiraba: era Combeferre. Hé aquí lo que cantaba:

*Si César, Siliara  
la victoria  
que yo consintiera  
en dejar á mi madre por la gloria,  
contestaría á Augusto:  
Cede tu cetro á quien mejor te cuadre;  
no es eso de mi gusto,  
que prefiero quedarme con mi madre.*

El acento tierno y severo con que entonaba Combeferre la anterior cancion la dotaba de extraña grandeza. Pensativo Mario, mirando al techo, repitió casi maquinalmente: Mi madre!

En seguida le tocó en el hombro la mano de Enjolras; éste le dijo:

—Ciudadano; mi madre es la República.

## VI.

Res augusta.

La reunion de aquella noche produjo en Mario conmocion profunda y llenó su alma de triste oscuridad. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el instante en que el hierro abre su seno para depositar en ella el grano de trigo, esto es, solo siente la herida; el movimiento del germen y el placer del fruto vienen despues.

Mario se quedó sombrío. ¿Debia rechazar la fé que acababa de abrazar? Se contestó que no, se aseguró á sí mismo que no debia dudar; pero, sin embargo, á pesar suyo, dudaba, y es insoportable vivir entre dos regiones, sin haber dejado la una ni haber profanado la otra. El crepúsculo solo conviene á los murciélagos. Mario tenia las pupilas abiertas y necesitaba la verdadera luz.

La claridad media de la duda le hacia padecer. A pesar de los deseos que tenia de permanecer donde estaba, se veia obligado irresistiblemente á avanzar, á examinar, á ir más adelante. ¿A dónde le iba á llevar este impulso? Temia que despues de dar tantos pasos para aproximarse á su padre, tener que dar otros muchos para alejarse de él. Sus reflexiones aumentaban su malestar. Todo lo veia escarpado á su alrededor. No estaba de acuerdo ni con su abuelo ni con sus amigos; era temerario para aquel y retrógrado para éstos; se vió, pues, aislado de la vejez y de la juventud. Desde entonces dejó de ir al café Musain.

La turbacion de su conciencia le permitia pensar apenas en algunos detalles muy serios de la vida; pero como las realidades de ésta se imponen, le acometieron bruscamente.

Una mañana entró en su cuarto el dueño de la fonda y le dijo:

—El señor Courfeyrac me respondió de vos.

—Sí, le contestó Mario.

—Pero necesito dinero.

—Pues llamad al señor Courfeyrac,

que tengo que hablarle, le replicó Mario. Entró Courfeyrac y salió del cuarto el dueño de la fonda. Mario confesó á aquel lo que no se habia atrevido á decirle aun, que estaba solo en el mundo, que no tenia padre ni madre.

—Y qué vais á hacer? le preguntó Courfeyrac.

—No lo sé, le respondió Mario.

—Teneis dinero?

—Quince francos.

—Quereis que os preste?

—No; eso no.

—Teneis mucha ropa?

—Poca.

—Y alhajas.

—Un reloj.

—De plata?

—No, de oro. Vedle.

—Sé de un prendero que os comprará una levita y un pantalon.

—Bien.

—No os quedará ya más que un pantalon, un chaleco, un sombrero y un frac.

—Y las botas.

—No ireis descalzo? Qué opulencia!

—Me conformaré.

—Sé de un relojero que os comprará el reloj.

—Bien.

—Bien, pero... qué hareis despues?

—Lo que sea preciso. Todo lo que no deshonne.

—Sabeis el inglés?

—No.

—Y el alemán?

—Tampoco.

—Tanto peor.

—Por qué?

—Porque está publicando una Enciclopedia un librero amigo mio, y podríais traducir para dicha publicacion artículos alemanes ó ingleses. Paga mal, pero con lo que dá se puede vivir.

—Aprenderé el inglés y el alemán.

—Y entre tanto?

—Me comeré la ropa y el reloj.

Llamaron al prendero y compró el traje por veinte francos, y vendieron el reloj por cuarenta y cinco.

—No hemos salido mal, decia Mario á Courfeyrac al entrar de regreso en la fonda; llevo á juntar ochenta francos.

—Teneis que pagar al dueño de la fonda.

—Es verdad, lo olvidaba, dijo Mario.

Pagó la cuenta en seguida; ascendia á setenta francos.

—Solo me quedan ya diez francos, exclamó Mario.

TOMO II.

Entretanto, la señorita Gillenormand, que era bastante buena en el fondo para las ocasiones apuradas, concluyó por averiguar el domicilio de su sobrino Mario; y una mañana, cuando éste volvía de cátedra, se encontró con una carta de su tia y con *setenta pistolas*; es decir, con los seiscientos francos en oro en una cajita cerrada, que dispuso su abuelo que le pasasen de pension.

Mario devolvió á su tia los treinta lises, acompañándolos de respetuosa carta, en la que aseguraba que tenia medios de subsistencia que bastaban para cubrir sus necesidades. Al escribir esta carta le quedaban tres francos.

La tia nada de esto dijo al señor Gillenormand, por miedo de exasperarle mucho; además de que la habia prohibido que le hablase de *ese bebedor de sangre*.

Mario salió de la fonda de la puerta de Santiago porque no queria contraer deudas.

## LIBRO QUINTO

## Excelencia de la desgracia.

## I.

Mario indigente.

La vida empezó á ser difícil para Mario. Despues de comerse la ropa y el reloj, se vió reducido á la horrible situacion de tener que *comerse los codos*; esto es, á pasar los dias sin tener pan, las noches sin sueño y sin luz, el hogar sin fuego, las semanas sin trabajo y el porvenir sin esperanza: tener la levita rota por los codos, el sombrero tan viejo que hacia reir á las jovencuelas; encontrar cerrada la puerta de noche porque no se paga á la patrona, sufrir las insolencias del portero y del bodegonero, la burla de los vecinos y las humillaciones; ver la dignidad ultrajada, aceptar el trabajo de cualquier clase, sufrir disgustos, amarguras y abatimientos. Mario llegó á esa deplorable situacion. En los momentos de la existencia en los que el hombre necesita el orgullo, porque necesita amor, se vió burlado, porque iba mal vestido, y ridículo, porque era pobre. En la edad en que la juventud inflama el cerazon con imperial altivez, contempló más de una vez sus botas